

Los Crímenes de Dios

Sébastien Faure

1897

Índice general

La evolución religiosa	4
El nacimiento de la idea religiosa	9
El desarrollo de la idea religiosa	15
La desaparición de la idea religiosa	19
Últimos avatares del clericalismo	21
Puntos en común — Conclusión	23
Sobre el absurdo criminal de las religiones	24
La hipótesis de «Dios» no es necesaria	27
Quién creó la materia	31
La hipótesis de «Dios» es inútil	33
De dónde viene el movimiento	33
El orden en el universo	36
La hipótesis de «Dios» es absurda	37
La revelación	39
La hipótesis de «Dios» es criminal	43
La providencia y el mal	43
Dios y la libertad humana	45

Los crímenes de la religión	47
La religión sigue siendo un obstáculo para el progreso	48
Conclusión	52

La evolución religiosa

Numerosos trabajos científicos han sacado a la luz maravillosamente la teoría del transformismo, esta teoría que constata el hecho de que, en la naturaleza, nada es inmóvil o inmutable, que todo evoluciona, cambia y se transforma. A los estudiosos les ha parecido interesante investigar si esta ley de la evolución es aplicable al mundo de las ideas, y ya parece haberse establecido que las ideas -como la materia- pasan por una incesante sucesión de estados y están en perpetua metamorfosis. Si admitimos que la idea no es en sí misma más que un reflejo interno del ambiente, una adaptación al temperamento de cada persona de las sensaciones recibidas, de las impresiones sentidas, decir que, en la naturaleza, todo se transforma, es, al mismo tiempo, adelantar que la idea -así como todo lo demás y de la misma manera- está sujeta a las leyes del transformismo. Pero como en muchas mentes se duda de los orígenes materiales de cualquier idea,

he pensado que sería útil comprobar la exactitud de esta tesis que equipara la idea con el ser organizado, aplicando una observación rigurosa a una idea determinada, y he elegido la idea religiosa, tanto por el considerable papel que ha desempeñado en el pasado, como por el lugar que sigue ocupando en nuestras preocupaciones, así como por el despertar clerical al que estamos asistiendo. Todo ser organizado nace, se desarrolla y muere. La cuestión es si hay tres fases en la idea religiosa: nacimiento, desarrollo y muerte. Estos tres periodos formarán la división de mi tema; en consecuencia, mi conferencia constará de tres partes:

1. Nacimiento
2. Desarrollo
3. Desaparición de la idea religiosa

Añadiré algunas breves consideraciones de carácter general y de actualidad.

Se han escrito montones de libros sobre el origen de los cultos, y si se reunieran todos aquellos cuyo objeto es la investigación de las condiciones y circunstancias que han arrojado sobre nuestro planeta la idea

de la existencia de una o varias divinidades, se podría formar fácilmente una de las mayores bibliotecas conocidas. Sobre este punto: «¿Dónde, cuándo y cómo se presentó la idea de Dios a la mente humana?» las opiniones son múltiples y contradictorias. A falta de documentos precisos, sólo hay, y puede haber, hipótesis.

He aquí la que me parece más probable, y si me apresuro a declarar que no es más que una hipótesis y una serie de conjeturas, se me permitirá sin embargo añadir que la probabilidad de estas conjeturas y de esta hipótesis me impresiona y, espero, se apoderará de su razón. La necesidad de saber, es decir, de comprender, de explicar los fenómenos en los que se mueve el individuo; la necesidad de saber, no sólo por la ciencia, sino con el fin de utilizar las fuerzas que le rodean y neutralizar las que amenazan su vida, esta necesidad de saber se encuentra en ti, en mí, en todos nosotros. Existe en diferentes grados, pero está más o menos presente en todos. El incesante desarrollo del conocimiento humano es prueba suficiente de que esta necesidad no es propia de nuestras civilizaciones contemporáneas. Los vestigios, ya muy antiguos, de los primeros esfuerzos realizados por nuestros antepasados para conocer demuestran que esta necesidad se

remonta a las épocas más remotas. Por lo tanto, de estas conclusiones se deduce que la necesidad de conocimiento es inherente al individuo que ha alcanzado un determinado grado de desarrollo. Esta necesidad que da lugar a la idea de Dios es la hipótesis. He aquí las conjeturas que explican de forma plausible la génesis de esta idea. Originalmente, los fenómenos, ya sean pequeños o grandes, eran misteriosos para los antepasados. Como la naturaleza era impenetrable y aún no había revelado ninguno de sus secretos, el hombre fue durante siglos como un esquiife zarandeado por la tormenta e incapaz de guiarse. Sin embargo, llegó un momento en que la necesidad de buscar responsabilidades se hizo imperativa. ¿Podría el ser humano permanecer eternamente desarmado frente a las fuerzas naturales, a los elementos de las plagas que se despliegan contra él, a los enemigos de todo tipo que se unen contra su existencia? Intentó encontrar las explicaciones necesarias. Como su completa ignorancia no le permitía dar una explicación positiva y verificable a los fenómenos observados, se vio inevitablemente abocado a involucrar a una pléyade de actores sobrehumanos a los que atribuía prodigiosamente todos los poderes.

Poblada de ruidos, colores, formas, imágenes e impresiones infinitamente variadas, su imaginación

se convirtió en el receptáculo paulatino de mil y una ideas caóticas, desordenadas y contradictorias, de las que todo su ser era la presa necesariamente dócil. En el viento que rugía, en la tormenta que rugía, en los relámpagos que estallaban, en el sol que iluminaba su paseo, en la noche que lo envolvía en la oscuridad, en la lluvia que caía, nuestro antepasado veía a veces Seres amigos u hostiles, a veces la manifestación de la malevolencia o de la bondad de otros Seres que habitaban regiones superiores. Dios era, pues, en primer lugar, la personificación de los elementos y fenómenos naturales, o la materialización de las causas que contenían estos fenómenos o desencadenaban estos elementos.

La sucesión de días y noches, el curso de las estaciones, inspiraron a los hombres la idea del tiempo. Ayer, hoy y mañana les parecían los tres términos del tiempo: pasado, presente y futuro. Y como, mientras los individuos morían, mientras las generaciones se sucedían, el viento seguía aullando, la tormenta rugiendo, los relámpagos estallando, el sol brillando, la lluvia cayendo, concebían seres que vivían durante un tiempo considerable y quizá siempre, dotados, por consiguiente, de inmortalidad. En su deambular por las inconmensurables estepas, se formaron una idea del espacio

ilimitado y tuvieron la impresión de la ilimitación en el espacio como en el tiempo.

El nacimiento de la idea religiosa

La idea de Dios, en este doble sentido, se convirtió en la extensión a lo absoluto de las contingencias observadas y de las relatividades conocidas. En el sol que maduraba los frutos, activaba la vegetación y llenaba de luz su cueva o choza, el antepasado veía al amigo, al benefactor, al Bien. En el frío que detenía el crecimiento de las plantas y entumecía sus miembros, en la noche que poblaba su cueva de fantasmas o carnívoros ávidos de su carne, en fin, en todo lo que amenazaba o reprimía su existencia, encarnaba al enemigo, al Mal. Y así inventó el Espíritu del Bien y del Mal, deidades amigas y enemigas, dioses de la luz y de las tinieblas: Dios y Satanás. De nuevo, no hay ninguna prueba irrefutable de que esto fuera así, pero es lícito admitirlo, porque si no hay ningún documento decisivo que apoye esta serie de hipótesis, tampoco hay nada que demuestre su inexactitud o que confirme otra serie de suposiciones. Si fuera necesario, podría invocar las dos consideraciones siguientes en favor de mi hipótesis.

Como sabéis, existen en ciertas partes del mundo seres que, por su tipo, su conformación, sus hábitos, la situación geográfica de las regiones que habitan, su lengua y sus tendencias, nos devuelven a los ojos épocas ya desaparecidas. Ahora bien, el relato de los viajeros que han visitado estas regiones llamadas salvajes y que han vivido más o menos tiempo en medio de estas civilizaciones primitivas se ajusta en todos los aspectos a la opinión que acabo de expresar sobre la aparición de la idea de Dios, y las primeras formas que tomó. Segunda consideración: también sabes que el niño reproduce, con sorprendente rapidez es cierto, pero con bastante exactitud, todos los anillos de la cadena ancestral. Es crédulo, enamorado de lo maravilloso, e inclinado a forjar de la nada, en cuanto su turbulenta imaginación funciona, seres sobrehumanos, o a ver en los elementos que le rodean a esos mismos seres.

¿Es, pues, descabellado pensar que en los primeros siglos, en el período de su infancia, la humanidad procedía de la misma manera? Por lo tanto, los impostores de todas las religiones que afirman que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza se equivocan, o mejor dicho, te engañan descaradamente. Ahora vemos claramente que, por el contrario, fue la ignorancia hu-

mana la que dio origen a los dioses y los creó a imagen del propio individuo.

Sí, el hombre creó a Dios a su imagen y semejanza, dotando a los dioses de todos los atributos que se le ocurrieron a partir de la observación de sus propias fortalezas y debilidades, cualidades y defectos, otorgando la bondad a unos y la maldad a otros, aureolando a estos últimos con la luz y condenando a los primeros a moverse en la oscuridad, colocándolos a todos en condiciones dadas de tiempo y lugar, pero viendo a todas sus Divinidades a través de la lupa de su ignorante imaginación, y consecuentemente empujando más allá de lo observado, lo experimentado, los atributos de toda naturaleza concedidos gratuitamente a estos hijos de su cerebro.

Es fácil ver que la idea de Dios -al principio puramente especulativa- no se demoró, ni podía demorarse, en extenderse al ámbito social. Admitir la existencia de una Divinidad es reconocer la necesidad de los lazos que unen a la criatura con el Creador, y la religión (censura, vinculación) no es otra cosa que un conjunto de creencias y prácticas, que vinculan al hombre con Dios, estipulando los derechos de éste y los deberes de aquél. Desde el principio, la idea de religión se encuen-

tra con la idea de superioridad encarnada en los bíceps más fuertes.

Las tribus primitivas estaban en perpetuo estado de guerra. Pero los guerreros pronto se dieron cuenta de que su fuerza muscular sólo duraría un tiempo, que no siempre tendrían veinticinco o treinta años, que llegarían personas más jóvenes a sustituirlos. Y para mantener su supremacía, la autoridad del puño aceptó con entusiasmo la ayuda de la autoridad moral, esta nueva fuerza. La coalición fue fatal. Ha sucedido. Se manifestó en la forma del Dios de los ejércitos. Hemos visto cómo un puñado de combatientes apoyados por el fanatismo hacía morder el polvo a todo un ejército, enloquecido por el terror, porque los oráculos consultados se habían pronunciado en contra. El piloto, a su vez, invocó al Dios de las tormentas, el labrador al Dios de las cosechas, y pronto hubo una multitud de dioses y semidioses luchando entre sí en sus manifestaciones.

Pero la necesidad de conocimiento roía el espíritu humano. Nacieron pensadores que creían con razón que el Todopoderoso no podía dividirse, que no podía haber conflicto, ni rivalidad entre el Todopoderoso. Y el monoteísmo surgió del empuje de estas observaciones. Apareció el cristianismo. Si hiciéramos un paralelismo entre la época en que Jesucristo, nacido en un

establo, de padres pobres, pobre él mismo, eligió a doce apóstoles de entre los más pobres, y predicó con ellos en favor de los desfavorecidos, y la época que vivimos hoy, en la que los hombres con palabras ardientes exigen más bienestar, más justicia, más igualdad, podríamos demostrar la sorprendente analogía.

Durante más de dos siglos, el cristianismo prosiguió su labor popular, empujando a los oprimidos a la revuelta, haciendo la guerra a los ricos. Así vimos cómo el patriciado romano alimentaba con miles y miles de cristianos a las fieras. Pero algunos hombres se involucraron en este movimiento y le dieron una nueva dirección. Aprovechando el misticismo de la época, entendiendo que aún no habían llegado los tiempos del realismo, despojaron insensiblemente a Jesucristo de su humanidad, lo divinizaron, lo convirtieron en el fundador de una nueva religión y, crédulos, ignorantes, fanáticos, los discípulos del hombre de Belén se fueron alejando de las exigencias inmediatas y de las preocupaciones terrenales; Sustituyeron el espíritu de rebeldía que hasta entonces les animaba por la resignación y el amor a la cruz; sólo aspiraban a un mundo de bienaventuranzas eternas, poniendo en práctica las palabras de la Escritura atribuidas a Jesucristo: «Mi reino no es de este mundo.

Y cuando Constantino se dio cuenta de que el cristianismo, matador de ánimos y fomentador del sometimiento, podía consolidar su poder, le tendió la mano y se hizo la paz. A partir de ese momento, la idea cristiana adquirió una extensión extraordinaria, un desarrollo vertiginoso. Tenía el oído de los Grandes y aconsejaba a los monarcas. Ante ellos, las frentes más altivas se inclinaron. Mientras la vida no fuera más que un breve pasaje en este valle de lágrimas que era la tierra, sólo importaba una cosa: la salvación de nuestra alma. El progreso se retrasó, el pensamiento se encadenó. Dudar era un delito, ninguna pena era lo suficientemente severa para reprimirlo.

La idea religiosa estaba asociada a todos los abusos, a todas las explotaciones. Los papas dominaban a los reyes; los obispos a los señores. Con la voz ardiente del ermitaño Pedro, del San Bernardo y de los monjes que hablaban en nombre de Cristo, millones de combatientes se lanzaron por toda Europa en marcha hacia Oriente, para conquistar la tumba de Jesús y las tierras que el Mesías había pisado. Generaciones de fieles cubren Occidente con magníficas catedrales y gigantescas basílicas. La música, la poesía, la escultura, el teatro, la pintura, la elocuencia, la literatura, todas las manifestaciones artísticas, impregnadas de catoli-

cismo, recorren las grandes líneas de la leyenda bíblica. Las mentes están bajo el hechizo, las voluntades bajo el yugo. La humanidad tiembla; adora... ¡Dios triunfa! Es el clímax.

El desarrollo de la idea religiosa

Es fácil comprender que la idea de Dios —en un principio puramente especulativa— no tardara, ni pudiera tardar, en extenderse al ámbito social.

Admitir la existencia de una Divinidad es reconocer la necesidad de los lazos que unen a la criatura con el Creador, y la religión (censura, relacionar) no es más que un conjunto de creencias y prácticas que unen al hombre con Dios, estipulando los derechos de uno y los deberes del otro.

Desde el principio, la idea de religión se encuentra con la idea de superioridad encarnada en los bíceps más robustos.

Las tribus primitivas se encontraban en un estado perpetuo de guerra. Pero los guerreros comprendieron rápidamente que su fuerza muscular tendría un límite, que no siempre tendrían entre veinticinco y treinta años, que vendrían otros más jóvenes y los sustituirían.

Y para conservar su supremacía, la autoridad del puño aceptó con entusiasmo la colaboración de la autoridad moral, esa nueva fuerza.

La coalición era fatal. Se produjo. Se manifestó bajo la forma del Dios de los ejércitos. Se vio a un puñado de combatientes, impulsados por el fanatismo, hacer morder el polvo a todo un ejército, enloquecido por el terror; porque los oráculos consultados se habían pronunciado en su contra.

El piloto, a su vez, invocó al Dios de las tormentas, el labrador al Dios de las cosechas, y pronto hubo una multitud de dioses y semidioses luchando entre sí en sus manifestaciones.

Pero la necesidad de saber carcomía el espíritu humano. Habían nacido pensadores que creían, con razón, que la omnipotencia no podía dividirse, que no podía haber conflicto ni rivalidad entre los omnipotentes. Y el monoteísmo surgió impulsado por estas observaciones.

El cristianismo hizo su aparición. En sus inicios, fue una corriente popular, una lucha de los débiles contra los fuertes, y si quisiéramos establecer un paralelismo entre la época en que Jesucristo, nacido en un establo, de padres pobres, él mismo pobre, elegía a doce apóstoles entre los más pobres, predicaba con ellos en fa-

vor de los desheredados; y la época que vivimos hoy, en la que hombres de palabra ardiente reclaman más bienestar, más justicia, más igualdad, nos sería posible demostrar la sorprendente analogía.

Durante más de dos siglos, el cristianismo prosiguió su obra popular, incitando a los oprimidos a la revuelta, haciendo la guerra a los ricos. Así, se veía al patriciado romano entregar como presa a las fieras a miles y miles de cristianos.

Pero se unieron a este movimiento hombres que le imprimieron una nueva orientación. Aprovechando el misticismo de la época, comprendiendo que aún no habían llegado los tiempos del realismo, despojaron insensiblemente a Jesucristo de su humanidad, lo divinizaron, lo convirtieron en fundador de una nueva religión y, crédulos, ignorantes, fanáticos, los discípulos del hombre de Belén se alejaron poco a poco de las reivindicaciones inmediatas y de las preocupaciones terrenales; sustituyeron por la resignación y el amor a la cruz el espíritu de rebelión que hasta entonces los había animado; ya no aspiraban más que a un mundo de bienaventuranzas eternas, poniendo en práctica esta palabra de las Escrituras atribuida a Jesucristo: «Mi reino no es de este mundo».

Y cuando Constantino se dio cuenta de que el cristianismo, apaciguador de la ira y fomentador de la sumisión, era capaz de consolidar su poder, le tendió la mano y se hizo la paz.

A partir de ese momento, la idea cristiana adquirió una extensión extraordinaria, un desarrollo vertiginoso. Se ganó la atención de los grandes, dio consejos a los monarcas. Ante ella se inclinaron las frentes más altivas.

En cuanto la vida no era más que un breve paso por este valle de lágrimas que era la tierra, solo importaba una cosa: la salvación de nuestra alma. El progreso se retrasó, el pensamiento quedó encadenado. Dudar era un crimen, ninguna pena era lo suficientemente severa para reprimirlo.

Se vio cómo la idea religiosa se asociaba a todos los abusos, a todas las explotaciones. Los papas dominan a los reyes; los obispos mandan a los señores.

Ante la voz encendida de los Pierre el Ermitaño, los San Bernardo y los monjes que hablan en nombre de Cristo, millones de combatientes se ponen en marcha, atravesando Europa en dirección al Oriente, a la conquista del sepulcro de Jesús y de las tierras que pisó el Mesías.

Generaciones de fieles cubren Occidente de magníficas catedrales, de gigantescas basílicas. La música, la poesía, la escultura, el teatro, la pintura, la elocuencia, la literatura, todas las manifestaciones artísticas, impregnadas de catolicismo, trazan las grandes líneas de la leyenda bíblica. Los espíritus están hechizados, las voluntades sometidas. La humanidad tiembla; adora... ¡Dios triunfa! Es el apogeo.

La desaparición de la idea religiosa

Pero la necesidad de conocimiento continúa. A lo largo de los siglos, la ciencia ha progresado. Después de un largo y doloroso período de prueba y error, la mente humana comenzó a avanzar decididamente hacia la luz. Las naturalezas audaces han tomado con orgullo la antorcha de la razón. Las vanas explicaciones de antaño ya no son suficientes para la ardiente curiosidad de estos buscadores. Se sacuden con impaciencia el peso de la superstición. La física, la química, la historia natural y la astronomía explican en parte aquellos fenómenos que llenaban de temor y admiración a los antepasados. Las viejas tradiciones se tambalean. La lucha se hace feroz entre los que quieren saber y los

que cristalizan en la fe. El dogma y la razón enfrentan a un Dios sin filosofía con una filosofía sin Dios. Las antiguas concepciones del universo se ponen al revés. Las investigaciones de los científicos, ayudados por potentes aparatos transportados por el espacio, ponen al mundo terrestre en comunicación con las leyes de la mecánica celeste.

Las tendencias materialistas surgen, se afirman y se desarrollan, derrotando al espiritualismo infantil y burdo de épocas anteriores. La hipótesis de Dios es cada vez más remota. Un Dios en retirada deja de ser Dios. Una corriente irresistible arrastra a nuestras generaciones desilusionadas hacia el ateísmo. Cuanto más sabe un hombre, menos está dispuesto a creer, y uno se pregunta cómo nuestras generaciones siguen siendo reacias a deshacerse de una fe que se aleja. La idea religiosa se mantiene ahora sólo por la fuerza de la velocidad adquirida. También hay impresiones de la infancia que no se pueden descartar de repente. Por último, las ideas y las creencias son como viejos amigos con los que uno ha convivido durante treinta o cuarenta años, a los que te unen mil recuerdos y a los que no puedes abandonar de forma abrupta. Por lo tanto, no es extraordinario que tardemos tanto en rendirnos a la vida materialista. Pero es innegable que

los dioses se van, y encontramos la admisión de esto en los propios escritos de nuestros adversarios.

Últimos avatares del clericalismo

Esta decrepitud de la idea religiosa ha producido dos avatares. En el ámbito político, es la reconciliación de la República con la Iglesia, que era necesariamente monárquica. En el ámbito económico, era el socialismo cristiano. Sintiendo que el terreno se le escapaba de las manos, la Iglesia hizo una declaración oficial de apoyo a la República a través del propio Papa, y encontramos un curioso ejemplo de ello en las elecciones de Brest.

En este país esencialmente monárquico había dos candidatos: el Conde de Blois, partidario del trono y del altar, y el Abate Gayraud, partidario sólo del altar. Fue esto último lo que el clero apoyó abiertamente y con todas sus fuerzas. ¿No es una concesión de la Iglesia que, sintiéndose perecer, se ha puesto una máscara republicana? Esta conversión no puede ser sincera, ya que la Iglesia admite un Dios ante cuya voluntad todo debe inclinarse y que el poder debe venir de arriba, mientras que la República entiende la voluntad de todos expresada y el poder que viene de abajo.

No contento con ser republicano, el Papa se ha puesto una escarapela socialista en su diadema. Esto es lo que no podemos soportar. Si ustedes, los clérigos, quieren entrar en la República y los republicanos los admiten, ¡muy mal por ellos! Pero si pretenden resolver la cuestión social, no se lo permitiremos. ¿Qué has hecho durante los largos siglos de tu dominio exclusivo? Os habéis aliado con los jefes, los nobles, los reyes. Os habéis hecho cómplices de todas las iniquidades, de todas las explotaciones. ¿Y es ahora que no eres nada, que no puedes hacer nada, cuando te viene esta idea de interesarte por los derrotados de la lucha social? No harás nada, porque no puedes hacer nada.

Iré más allá. No tienes derecho a intentar nada en este sentido. Todo lo que existe es por la voluntad de Dios. Es porque Dios ha querido que haya pobres y ricos, explotados y explotadores, que unos pasen hambre mientras otros se mueren de indigestión, y sería un sacrilegio por tu parte intentar cambiar algo, criminal intentar corregir la obra del Creador cuyos designios son inescrutables. Tenemos derecho a quejarnos: ¡ustedes tienen el deber de resignarse, confundidos, entristecidos, pero sumisos!

Puntos en común — Conclusión

Sin embargo, hay una manera de llevarse bien. Tú mismo has dicho: «Los bienes terrenales son perecederos y despreciables, mientras que los bienes celestiales serán un disfrute, una felicidad que no tendrá fin. Bien, no discutiremos con usted sobre esto último, pero déjenos los demás a nosotros. Sobre todo porque nos será fácil hacer de la tierra un paraíso; el odio será sustituido por la bondad y el valle de los tormentos por un Edén. Y ha llegado el momento de hacer todo esto. Digo a los republicanos, a los socialistas: ¡Cuidado! Estos hombres a los que has quitado la fe quieren tener satisfacciones legítimas. No necesitan más promesas vagas. Necesitan soluciones inmediatas. Cuanto más espere, más soluciones violentas serán necesarias.

Sobre el absurdo criminal de las religiones

¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿Adónde vamos? Y el mundo que nos rodea, ¿de dónde viene? La rigurosa secuencia de acontecimientos, de la que la naturaleza nos ofrece el espectáculo incesante y regular, ¿es el resultado del azar o de un magnífico plan de una inteligencia infinita, servida por una voluntad omnipotente? Estas preguntas, de importancia capital, se las ha planteado la humanidad desde hace siglos. Según la respuesta, la vida es una cantidad insignificante o de extrema importancia. Estos problemas aún no están resueltos, y quizás una cierta oscuridad siempre se cierne sobre estas cuestiones. Sin embargo, si la ciencia no ha logrado aún disipar todas las vacilaciones sobre los distintos puntos, sí ha conseguido eliminar de la lista de conjeturas que la razón no puede admitir, la hipótesis de «Dios» que

nació en las remotas edades de la ignorancia. El estado actual de la ciencia sólo permite a los testarudos o crédulos refugiarse en la fe para encontrar los datos necesarios para la solución de estos formidables problemas.

Supongamos que, en una de estas soberbias noches en las que el centelleo de las estrellas deleita nuestros ojos, dos personajes pasean e intercambian las impresiones que les sugiere este grandioso espectáculo. Supongamos que nuestros dos personajes son un niño y un sacerdote. El niño tiene esa edad en la que la mente, atormentada por la curiosidad, no deja de lanzar mil y una preguntas. Pregunta al sacerdote sobre el cómo y el porqué de estos esplendores infinitos que ruedan por el espacio. El sacerdote le responde;

«Hija mía, todos estos mundos que justamente provocan tu admiración son obra del Ser Supremo. Es su sabiduría infinita la que regula su progreso, su voluntad omnipotente la que mantiene el orden y asegura la armonía en el universo. Nosotros también somos obra de este Creador. Se ha dignado darnos a conocer, por medio de los seres que ha escogido, los caminos por los que quiere que andemos. Conformarse con estas formas es bueno, es una virtud. Apartarse de ellos es un mal, un pecado. La virtud prepara para la dicha eterna,

el pecado [trae] el castigo. Revelador y proveedor, así es el Dios al que le debemos todo. Pero aquí viene un tercer caminante. Este es un materialista, un ateo, un libre pensador. Participa en la conversación. Responde al niño que el orden que reina en la naturaleza es el resultado de las fuerzas que gobiernan todos los seres y las cosas. Afirma que Dios es sólo una invención de la imaginación ignorante de nuestros antepasados; que no existe la Providencia, etc. La discusión que surge entonces entre el creyente y el ateo no es más que el resumen de las ardientes controversias que se han planteado durante siglos sobre la cuestión religiosa.

Es de esta discusión que mi conferencia se propone condensar poniendo ante los ojos de mi audiencia todas las piezas de la disputa. En el transcurso de esta discusión me esforzaré por establecer:

1. Que la hipótesis de «Dios» no es necesaria;
2. Que es inútil;
3. Que es absurda;
4. Que es criminal.

Los dos primeros puntos se relacionarán más específicamente con el Dios-Creador; el tercero con el Dios-Redentor y el cuarto con el Dios-Providencia.

La hipótesis de «Dios» no es necesaria

La evidencia a favor de las leyes que rigen las relaciones de todas las cosas y que mueren simultáneamente, la autonomía de cada ser y la dependencia mutua o solidaridad (armonía) en el conjunto, esta evidencia es hoy en día tan abundante y tan decisiva que los propios creyentes más religiosos han renunciado a disputarla.

Pero con esa flexibilidad característica de la dialéctica que ha dado lugar a una casuística especial, el espíritu religioso se refugia tras el siguiente razonamiento: «Hay leyes naturales a las que obedecen los mundos dispersos en el espacio. Que así sea. Pero Ley significa Legislador. Además, el legislador debe estar revestido de un poder superior y anterior a las fuerzas que su ley somete. Existe, por tanto, un legislador supremo. Hay que admitir que muchos han pensado que este ar-

gumento era una consideración decisiva a favor de la hipótesis de «Dios» así proclamada como necesaria.

El error de estas personas se explica fácilmente. Proviene de la analogía que los sofistas inteligentes tratan de crear entre las leyes naturales que rigen la materia y las leyes humanas. El razonamiento de estos casuistas es el siguiente: «Las leyes que rigen las sociedades humanas han requerido la intervención del legislador. Esto y aquello están fatalmente implicados. En consecuencia, la existencia de las leyes que rigen los astros y los planetas implica rigurosamente la existencia de un Legislador supremo, superior y anterior a estas leyes, y es a este Legislador al que llamamos Dios. Bueno, esta analogía es radicalmente errónea.

No hay ninguna similitud entre las leyes naturales y las leyes humanas. Primera diferenciación. Las leyes naturales son externas (antes y después) a la humanidad. Se sabe y se comprende que mucho antes de que aparecieran las primeras formas humanas en nuestro globo, las leyes de la mecánica celeste se aplicaban a nuestro planeta y a todos los cuerpos del espacio. También se sabe y se comprende que, si por cualquier causa las condiciones de existencia necesarias para la especie humana desaparecieran de la tierra que pisamos, las es-

trellas y nuestro pequeño planeta mismo continuarán su evolución secular sin la menor modificación. Mientras que las leyes humanas son -como indica la palabra- inherentes a la humanidad. Son legislaciones, es decir, un conjunto de prescripciones y defensas formuladas por los humanos.

Segunda diferenciación. Las leyes naturales tienen un carácter de constancia e inmutabilidad. Esta es la característica de todas las leyes relacionadas con la física, la química, la historia natural y las matemáticas. En contraste con lo anterior, todas las leyes humanas -porque están hechas por humanos que pasan y son aplicables a seres que también pasan- son esencialmente transitorias, fugaces e incluso contradictorias.

Tercera diferenciación. Las leyes naturales no pueden romperse. La infracción sería el milagro y se demuestra que el milagro no existe, no puede existir. Por otro lado, los códigos humanos se violan en todo momento. Las fuerzas sociales, la policía, la gendarmería, la magistratura, etc., dan fe de que hay muchas infracciones de la legislación humana.

Cuarta diferenciación. Las leyes naturales registran los hechos sin determinarlos. El piloto, por ejemplo, consulta la brújula y no es para obedecer sus mandatos, sino porque actúa según su naturaleza,

que la aguja imantada, al apuntar sensiblemente al norte, permite al navegante orientarse. Las leyes humanas, en cambio, regulan los hechos sin, en la mayoría de los casos, registrarlos o tenerlos en cuenta. Así, sin tener en cuenta los deseos que nos mueven, los impulsos que nos animan en virtud de la irresistible ley de atracción entre los dos sexos, el legislador humano regula las relaciones sexuales, las clasifica en permitidas y prohibidas, las categoriza en legítimas e ilegítimas. Se podrían añadir a esta lista las contradicciones o diferencias que existen entre las leyes naturales y las leyes humanas. Lo anterior es suficiente para concluir que la analogía con la que se pretende crear confusión en la mente de las personas es absolutamente inexacta y que las consecuencias que se extraen de ella son inadmisibles en todos los sentidos.

Por tanto, considerada desde este punto de vista, la hipótesis de un «Dios» -legislador supremo- no es necesaria. Pero entonces», objetan los deístas, «¿cómo se puede explicar el Universo? Díganos primero quién hizo la materia y luego de dónde obtiene las fuerzas que la mueven y mantienen los cuerpos en equilibrio en el tiempo y el espacio.

Quién creó la materia

Y en primer lugar, ¿quién creó la materia? Esta es mi respuesta Con la imaginación dibuja una línea indefinida a través del espacio. Intenta medir su longitud. Agotar el lenguaje de las matemáticas. Suma cientos de miles de millones a miles de millones. Multiplique este formidable total por una suma mil millones de veces más fabulosa. Dígame si será capaz de fijar la extensión de esta línea imaginaria a través del espacio. ¿Puedes decir: «Aquí está el punto A donde empieza; aquí está el punto B donde termina»? No, no puedes. El espacio es ilimitado, y en cada rincón de este espacio inconmensurable se encuentra la materia en algún estado gaseoso, líquido o sólido. Por tanto, la materia está en todas partes.

Esta «ilimitación» en el espacio implica una «ilimitación» en el tiempo. Todos los «ilimitados» son interdependientes. Y de hecho, dibujar una línea imaginaria a través de los siglos que forman el pasado. Extiéndelo a las sucesiones de edades que constituyen el futuro. También en este caso, se suman las cifras más fantásticas. ¿Puede usted, retrocediendo en el tiempo, encontrar el punto de partida, el principum, el origen? ¿Puede usted, recorriendo los siglos, llegar a su consu-

mación final? No. Por tanto, la materia no sólo está en todas partes, sino siempre.

Estas cualidades de «indefinición» se encuentran también en todas las demás propiedades de la materia: el volumen, por ejemplo. Supongamos un volumen colosal de materia. ¿Es razonable pretender que se quede ahí? ¿Que no se le pueda añadir nada? Ahora haz la operación contraria: divide una parte en cien, en mil, en un millón de partes. ¿Habrá llegado al límite extremo de esta divisibilidad? ¿No podrá dividir más?

Por lo tanto, tampoco hay límite a la divisibilidad de la materia. En consecuencia, a esta primera pregunta: «¿Quién hizo la materia?», respondo que esta pregunta sólo tendría razón de ser si fuera posible asignar a esta materia un origen, un comienzo, un límite. Ahora, se ha establecido que esta asignación es imposible. A partir de ahí, no es necesario recurrir a una conjetura a la que se le atribuye un papel que no es necesario. También desde este punto de vista, la hipótesis de «Dios» no es necesaria.

La hipótesis de «Dios» es inútil

Las observaciones anteriores han adquirido tal fuerza y se han extendido tanto que los deístas ya no se atreven a discrepar abiertamente de ellas. Pero sería un error imaginar que están desarmados por esto. «Bueno, que así sea», dicen.

«El espacio y el tiempo son ilimitados. También te concedemos que el movimiento está en todas partes. Pero este movimiento en sí, ¿de dónde viene? ¿Cuál es el poder que lo incorporó a la materia? Ese poder que no sólo mueve los cuerpos, sino que ordena armoniosamente los movimientos es lo que llamamos Dios. Los cuerpos no se impulsaron a sí mismos. Había que darles el impulso; había que comunicarles la fuerza. Este empuje inicial que pone en movimiento todos los mundos, ¿no debe haberlo dado algún Ser? Sigue siendo la vieja disputa entre espiritualistas y materialistas que, en una forma ligeramente rejuvenecida, se reproduce aquí.

De dónde viene el movimiento

Creando que, por su propia naturaleza, la materia vil es inerte, los deístas argumentan que si se ve que es-

tá en movimiento -lo cual es innegable- es porque una energía externa a la materia original ha penetrado en ella, se ha instalado en ella y le ha impartido la fuerza de la que carecía. Pero, ¿existe un solo fenómeno en la naturaleza que dé valor a esta opinión? Absolutamente ninguna; y todas las observaciones realizadas tienden a afirmar que el movimiento es una de las propiedades inherentes a la materia y a la materia misma. Por mucho que exploremos el espacio, indagemos en las profundidades del océano o busquemos en las entrañas de la Tierra, no sólo encontramos materia por todas partes, sino que la encontramos en constante movimiento.

Este carácter de universalidad de la fuerza en el espacio sería suficiente para poder concluir que esta fuerza es inmanente en el tiempo. Esta inmanencia está establecida por miles y miles de observaciones. La teoría de la evolución consagra el incesante transformismo de la materia; se basa en las ininterrumpidas metamorfosis que sufren los seres y las cosas; sirve para explicar el perpetuo devenir. Esta modificación incesante, esta sucesión de estados tan lenta como cierta, ¿no es la prueba irrefragable de la continuidad del movimiento, el testimonio incontestable de la presencia del movimiento en las épocas más remotas, así como

la certeza de la misma presencia en los futuros más lejanos?

¿Quién no conoce el principio al que, en mecánica, se ha dado el nombre de «persistencia de la fuerza»? Quién no sabe que la fuerza, el movimiento, nunca desaparece, nunca disminuye; que sólo hay mutación, es decir, cambio en la naturaleza y los efectos del movimiento, pero que, si aquí se trata de calor, de luz, en otro lugar de electricidad, todo el movimiento se transmite a pesar de los diversos aspectos bajo los que se revela, pero, de nuevo, nunca sufre la más mínima disminución.

Es la aplicación al movimiento de aquella verdad de la química: «Nada se crea, nada se pierde». En consecuencia, podemos afirmar que el movimiento es una propiedad de la materia; que es imposible concebir la materia sin movimiento; y que si es imposible asignar un principio a la materia, no es menos imposible asignar un origen al movimiento, ya que no podemos observar la materia sin movimiento como el movimiento sin la materia.

El orden en el universo

En cuanto a lo que nuestro entendimiento llama «orden y armonía en el universo». La sucesión regular de los días, las noches y las estaciones, la repetición esperada de los mismos fenómenos, la observación de los mismos efectos que siguen a las mismas causas, en una palabra, la observación siempre idéntica a sí misma de los mismos hechos rigurosos y metódicos: esto es lo que llamamos orden. Cualquier cambio, cualquier infracción de este tipo de reglas resultante de la multiplicidad y la constancia de nuestras observaciones personales y generales constituye un desorden.

En una palabra, siendo el orden y el desorden dos términos cuyo significado es exclusivamente subjetivo, todo lo que se ajusta a las nociones que nos hemos formado o que nos han inculcado se considera orden; todo lo que es contrario a ellas se considera desorden. En consecuencia, la armonía que notamos en el cosmos proviene de nuestra mente. Y estas admirables cualidades de orden que nos suspenden en la Contemplación ante la regularidad de la disposición universal, es nuestro intelecto el que ha tenido la generosidad de dotar a la naturaleza de ellas. El orden y el desorden son cosas que intrínsecamente no existen. En los mun-

dos solares que llenan el espacio, no hay ni orden ni desorden; hay simplemente cuerpos, que por su volumen, densidad, propiedades respectivas y distancia se mueven en condiciones siempre iguales a las que nos ha tocado observar.

De modo que no hay orden en el Gran Todo, salvo el que nuestro entendimiento ha introducido en él. Por tanto, el factor de orden, de armonía, no sería Dios, ¡sería el hombre!

La hipótesis de «Dios» es absurda

En vista de que la ciencia está lejos de haberlo explicado todo, e imaginando que, aparte de la conjetura de una creación, los orígenes del mundo siguen siendo obstinadamente impenetrables, los creyentes recurren, para explicar estos orígenes, a la hipótesis de un Ser eterno cuyo poder omnipotente lo creó todo.

En primer lugar, es necesario ponerse de acuerdo sobre el valor de esta expresión religiosa crear. Crear no es tomar uno o varios elementos ya existentes y coordinarlos; no es ensamblar materiales y disponerlos de una manera determinada. El relojero, por ejemplo, no crea un reloj; el arquitecto no crea una casa.

Crear es dar existencia a lo que no existe, es sacar de la nada, hacer algo de la nada.

Bueno, la hipótesis de algún tipo de creación es una pura tontería. Porque es inadmisibile que se pueda hacer algo de la nada; y el famoso aforismo formulado por Lucrecio: «Ex nihilo nihil» es y sigue siendo la expresión de una exactitud invencible. Si la materia no pudo ser extraída de la nada, entonces siempre ha existido, y en este caso debemos preguntarnos, en la hipótesis de un Ser creador, dónde estaba esa materia.

Sólo podía estar en él o fuera de él. En el primer caso, Dios deja de ser un Espíritu puro: la materia estaba en él; residía en su Ser; era parte integrante de su personalidad; como él, es eterno, infinito, omnipotente, pues el Absoluto no incluye ni puede incluir ninguna contingencia, ninguna relatividad. En consecuencia, la materia es su propia creadora y la hipótesis de una inmaterialidad que ha extraído elementos materiales de sí misma se vuelve estúpida.

En el segundo caso, es decir, si la materia no estaba en Dios, sino fuera de él, era coexistente con él. No tiene otro origen que él; es como él, desde toda la eternidad; por lo tanto, no fue creado y la conjetura de una creación se vuelve absurda. En ambos casos, se trata de una incoherencia, ¡una sinrazón! Pero donde

el absurdo de la creación cristiana estalla de una manera tal vez más tangible porque se nos presenta de una forma menos abstracta, es en el Apocalipsis.

La revelación

La idea de una creación exige inevitablemente la idea de una legislación suprema, y la idea de una legislación suprema implica necesariamente la de una sanción inevitable.

Esto es tan cierto que no hay una sola religión que no contenga tanto prescripciones como prohibiciones que constituyan la ley de Dios, y un sistema de premios y castigos destinado a sancionar esta ley. Hay que añadir que, para erigirse en Juez supremo, se hace necesario que el Maestro nos dé a conocer su Ley, para que sepamos qué debemos hacer para merecer la recompensa, y qué debemos evitar para escapar del castigo. La revelación es el acto por el cual el Creador, principio de toda Justicia y Verdad, nos habría dado a conocer su Ley. Habría utilizado, como intermediarios, a los Seres de predilección: profetas y apóstoles que la religión cristiana nos presenta como inspirados por Dios. Es, pues, por boca de estas figuras inspiradas que la Palabra divina se habría hecho oír, y es en las llama-

das Sagradas Escrituras donde se habría registrado la Revelación.

Pues bien, ¿qué nos enseñan las Escrituras sobre los orígenes del mundo en general y del hombre en particular? Nos enseñan cosas que la ignorancia de nuestros padres pudo tomar por verdades, pero que hoy ya no es admisible creer, porque están tan en desacuerdo con las afirmaciones de la ciencia contemporánea... Nos enseñan que, saliendo de repente de su inactividad secular, el llamado Dios tuvo la fantasía de dar a luz lo que ya existía y creó todo en seis días.

¿Cuándo hizo el Señor esta obra? ¿Cuándo se rebajó, como dice Malebranche, hasta el punto de dignarse a ser creador? En un momento dado. Esto es lo que afirma todo el Génesis, y lo que implica la palabra y la idea de creación. ¿Así que Dios se habría sentado sobre sus manos durante toda la eternidad anterior?

¿Pero qué es una eternidad cortada en dos? ¿Cómo admitir que el gran geómetra durmiera durante toda una primera eternidad, para luego despertar súbitamente y evocar de la nada este universo hasta entonces ausente, para llenar y poblar el vacío insondable y dar vida universal a esta muerte universal?

La contradicción es evidente. El Ser necesario no podría permanecer ni un solo instante inútil. El Ser

activo y eterno no podía dejar de actuar eternamente. Por tanto, es necesario admitir un mundo eterno como creador. Pero al admitir esta coexistencia, admitimos que el universo no fue creado, que la creación es un sinsentido, una imposibilidad. Las Escrituras sitúan el diluvio 700 años después de la creación y 3700 años antes del nacimiento de Jesucristo, del que nos separan 1900 años. Sumando estas tres cifras, se deduce que la creación fue hace 6300 años. Esta es la partida de nacimiento que el Altísimo tuvo a bien entregar a su obra y comunicarnos por revelación.

Ahora, se ha establecido mediante cálculos rigurosamente exactos que los trastornos geológicos que han revolucionado nuestro propio planeta se remontan a miles y cientos de miles de siglos. ¿Quién no sabe, por ejemplo, que uno de nuestros bosques más altos produce hoy una fina capa de carbón de sólo 15 milímetros, y que se ha calculado que se necesitaron no menos de nueve millones de años para formar los estratos profundos de una cuenca carbonífera como la de Northumberland? Sin embargo, la formación del carbón es sólo uno de los cinco o seis grandes períodos que precedieron a la era histórica, a la aparición del hombre en la tierra.

En cuanto a este último período, hay abundantes pruebas de que se remonta a varios miles de siglos atrás. En muchos lugares se han encontrado huesos humanos enterrados a considerable profundidad junto a sílex, cerámica y otros objetos mezclados con restos de grandes paquidermos. Resulta evidente, por el cálculo de la proporción, que el hombre, contemporáneo de los elefantes y los rinocerontes, ya existía hace casi trescientos mil años.

¿Hablaré de la ridícula leyenda de Adán y Eva en el paraíso terrenal, en un estado de perfecta felicidad, repentinamente abatidos por haber violado la prohibición de probar el fruto prohibido? ¿Hablo de Josué deteniendo el sol? ¿Hablaré de que Jonás permaneció tres días en el vientre de una ballena, cuando se ha demostrado que el esófago de este animal no permite el paso de un cuerpo humano? ¿Hablo de la travesía en seco del Mar Rojo? ¿Debo hablar? ¡No! Es demasiado ridículo. El absurdo es demasiado evidente. ¡Qué postura para un Dios, para el principio y la fuente de toda verdad y ciencia, esta muestra de estupidez, este amonamiento de mentiras o errores! No insistamos.

La hipótesis de «Dios» es criminal

Las consideraciones que me quedan por desarrollar están relacionadas con la Providencia de Dios. La Providencia es el nombre dado al gobierno del mundo por el Dios que lo creó. Es obvio que un gobierno así, ejercido por un Ser que todo lo prevé, que todo lo sabe, que todo lo puede, no debe tolerar ningún desorden, ninguna insubordinación. Sin embargo, el mal existe: el mal físico y el mal moral, y la existencia del mal es radicalmente irreconciliable con la de una Providencia.

La providencia y el mal

Sufrimos las inclemencias de las estaciones, la erupción de volcanes, los terremotos, las tormentas, los ciclones, los incendios, las inundaciones, las sequías, el hambre, las enfermedades, las plagas, las heridas, el dolor, la muerte, etc., etc. Esto es maldad física. Somos testigos o víctimas de innumerables injusticias, violencia, tiranía, expolio, asesinatos y guerras. En todas partes triunfa el engaño sobre la sinceridad, el error sobre la verdad, la codicia sobre el desinterés. ¿Qué uso hacen los gobiernos de las ciencias y las artes, como una especie de providencia terrenal? ¿Las hacen ser-

vir para la paz, el bienestar y la felicidad general? La historia, llena de crímenes atroces y calamidades espantosas, no es más que el relato de las desgracias de la humanidad. Esto es maldad moral. ¿De dónde viene el mal?

Si admitimos la existencia de Dios, admitimos al mismo tiempo que todo lo que existe procede de Él. Es, pues, Dios, ese Ser de la Verdad, quien ha engendrado el error; es Dios, ese principio de la Justicia, quien ha dado a luz la Iniquidad; Dios, esa fuente de toda Bondad, quien ha dado a luz el Crimen. ¿Y es a este Dios, centro y foco de dolor y perversidad, al que debo respetar, servir, adorar? El mal existe, nadie puede negarlo. Pues bien, una de dos: o Dios puede suprimir el mal, pero no quiere; en este caso, su poder sigue siendo completo, pero, si sigue siendo poderoso, se convierte en malvado, feroz, criminal; o Dios quiere suprimir el mal, pero no puede, y entonces deja de ser feroz, criminal, pero se vuelve impotente.

Este razonamiento siempre ha sido y será incontestable. ¿Acaso el concepto y el sentimiento que tenemos de la Equidad no nos dice que quien ve que se comete una acción culpable ante sus ojos, y pudiendo impedir la fácilmente, permite que se haga, se hace cómplice de esa acción, y se convierte en criminal de la misma

manera que quien la perpetró? Este Dios, que dada su omnipotencia podría impedir sin esfuerzo el mal y sus horrores y que no interviene, este Dios es criminal, es de una ferocidad sin límites. ¿Qué debo decir? Sólo él es feroz, sólo él es criminal. Puesto que sólo él es capaz de voluntad y poder; sólo él es culpable y debe asumir toda la responsabilidad.

Dios y la libertad humana

Es cierto que con esa flexibilidad que caracteriza al espíritu religioso y con la ayuda de esos sofismas capciosos que han hecho los casuistas más peligrosos de la raza de los sacerdotes, los deístas objetan que el mal no es obra de su Dios, sino del hombre a quien, en su soberana bondad, Dios ha concedido este atributo: la libertad, de modo que, capaz de discernir el bien del mal y de decidirse por el primero en lugar del segundo, el hombre era responsable de sus actos y conocía la recompensa o el castigo que conllevaba la práctica del bien o del mal. Esta objeción no tiene ningún valor.

En primer lugar, si suponemos por un momento que Dios existe, y que se ha dignado a darnos libertad, no podemos dejar de reconocer que, puesto que esta libertad nos viene de Él, es esta libertad la que, mediante

la acción, se afirma en el mal como en el bien. ¿Puede explicarse que se haga un uso tan perverso de esta parcela de libertad arrebatada al Ser soberanamente libre, sin que la libertad divina haya contenido, en su estado potencial -como la semilla que contiene la cosecha-, esta cosecha de turpitudes, bajezas y sufrimientos? Si la mentira, la ignorancia, la maldad y el crimen provienen de esta libertad con la que Dios nos ha gratificado, Dios mismo es mentiroso, ignorante, malvado y criminal.

Pero conciliar estas dos cosas: la existencia de Dios y la libertad humana es imposible. Si Dios existe, sólo él es libre. El ser que depende parcialmente de otro es sólo parcialmente libre; el ser que está bajo la completa sujeción de otro no tiene libertad. Es la propiedad, la cosa, el esclavo de este último. Por tanto, si Dios existe, el hombre no es más que el juguete de su capricho, de su fantasía. Aquel a quien nada escapa a nuestras intenciones o a nuestras acciones, Aquel que mantiene en reserva un sinfín de torturas listas para castigar al temerario que viola sus prescripciones o sus defensas. Aquel que, más rápido que un relámpago, puede matarnos en cualquier hora, en cualquier segundo, sólo Él es libre, porque sólo Él propone y dispone. Él es el amo; el hombre es su esclavo.

En todo caso, ¿qué se puede decir del salvajismo de este Juez que, previendo todas nuestras acciones y que éstas lleguen fatalmente, de acuerdo con la previsión divina, hace llover sobre nosotros torrentes de fuego y nos precipita en la morada eterna de inexpresables tormentos para castigar una hora de error, un minuto de olvido? De todos los torturadores, este juez es el más implacable, el más inicuo, el más cruel.

Los crímenes de la religión

Entonces, ¡pregúntate por el mal que las religiones han hecho a la humanidad, por los tormentos con los que han poblado la tierra! Criminal desde el punto de vista metafísico, la idea de Dios lo es aún más -si cabe- desde el punto de vista histórico. Porque Dios es religión.

Y la religión es un pensamiento encantado. El creyente tiene ojos y no debe ver; tiene oídos y no debe oír; tiene manos y no debe tocar; tiene cerebro y no debe razonar. No debe confiar en sus manos, sus oídos, sus ojos, su intelecto. En todo, su deber es cuestionar la revelación, someterse a los textos, conformar su pensamiento a las enseñanzas de la ortodoxia. Trata lo obvio como una impudicia blasfema cuando se opone a su fe.

La ficción y la mentira las proclama como verdad y realidad cuando sirven a los intereses de su Dios.

No intentes hacerle tocar la ineptitud de sus supersticiones, te responderá cerrando la boca si tiene fuerzas, insultándote cobardemente por la espalda si es impotente.

La religión toma la inteligencia apenas despierta del niño, la moldea mediante procedimientos irracionales, la aclimata a métodos erróneos y la deja indefensa ante la razón, revuelta contra la inexactitud. El ataque que el Dogma pretende realizar contra el niño de hoy, lo ha consumado durante siglos contra la humanidad infantil. Aprovechando y abusando de la credulidad e ignorancia de las mentes temerosas de nuestros padres, las religiones -todas las religiones- han oscurecido el pensamiento, encadenado los cerebros de las generaciones que han pasado.

La religión sigue siendo un obstáculo para el progreso

Para los que están atontados por la estúpida expectativa de una eternidad de alegría o sufrimiento, la vida no es nada. Como duración, es extremadamente fugaz, veinte, cincuenta, cien años no son nada comparados

con los interminables siglos de la eternidad. ¿El individuo, doblegado bajo el yugo de la religión, dará alguna importancia a este corto viaje de un instante? No debería. A sus ojos, la vida es sólo el prefacio de la eternidad que espera; la tierra es sólo el vestíbulo que conduce a ella. Entonces, ¿por qué luchar, buscar, comprender, conocer? ¿Por qué molestarse en mejorar las condiciones de un viaje tan corto? ¿Por qué esforzarse en que este vestíbulo, este pasillo en el que sólo permanecemos un minuto, sea más espacioso, más aireado, mejor iluminado? Sólo importa una cosa: salvar el alma, someterse a Dios.

Ahora bien, el progreso sólo se obtiene con un esfuerzo obstinado; sólo lo consigue quien siente la necesidad de hacerlo. Y como vivir bien, satisfacer los apetitos, reducir los sufrimientos, aumentar el bienestar, tienen poco valor para el hombre de fe, ¡el progreso tiene poca importancia para él! Que las religiones tienen como consecuencia el encadenamiento del pensamiento y el freno del progreso, son verdades que la historia se encarga de sacar a la luz, viniendo los hechos a confirmar en tropel los datos del razonamiento. ¿Se pueden concebir crímenes más terribles?

Y las sangrientas guerras que, en nombre y por cuenta de los distintos cultos, han enfrentado a

cientos, miles de generaciones, millones y cientos de millones de combatientes. ¿Quién va a enumerar los conflictos de los que han sido fuente las religiones? ¿Quién formulará el total de los asesinatos, de los atentados, de las hecatombes, de los fusilamientos, de los crímenes cuyo sectarismo religioso y misticismo intolerante han ensangrentado el suelo sobre el que se aplasta la humanidad por el tirano sanguinario al que las castas sacerdotales se han dado la siniestra misión de hacernos adorar?

¿Qué artista incomparable podrá alguna vez retrazar, con la suficiente riqueza de color y la necesaria exactitud de detalles, los trágicos sucesos de este drama, cuyo horror aterrorizó durante seis siglos a las civilizaciones que se privaron lo suficiente como para gemir bajo la dominación de la Iglesia católica, un drama que la historia ha marcado con el terrible nombre de «Inquisición»? La religión es el odio sembrado entre los seres humanos, es el servilismo cobarde y resignado de millones de sumisos; es la ferocidad arrogante de papas, pontífices y sacerdotes.

Sigue siendo el triunfo de la moral comprensiva que lleva a la mutilación del ser: moral de maceración de la carne y del espíritu, moral de mortificación, de abnegación, de sacrificio; moral que obliga al individuo a

reprimir sus impulsos más generosos, a comprimir sus impulsos instintivos, a someter sus pasiones, a sofocar sus aspiraciones; Una moral que llena la mente de prejuicios inanes y atiborra la conciencia de remordimientos y temores; una moral que engendra la resignación, rompe los poderosos resortes de la energía, estrangula el esfuerzo liberador de la revuelta y perpetúa el despotismo de los amos, la explotación de los ricos y el turbio poder de los sacerdotes.

La ignorancia en el cerebro, el odio en el corazón, la cobardía en la voluntad, estos son los crímenes que imputo a la idea de Dios y a su corolario fatal, la religión.

Todos estos crímenes de los que acuso públicamente, a la luz del día de la libre discusión, a los impostores que hablan y actúan en nombre de un Dios que no existe, son lo que yo llamo «los Crímenes de Dios», porque es en su nombre que se han cometido y se siguen cometiendo, porque han sido y son generados por la idea de Dios.

Conclusión

La hora es decisiva.

Bajo la mirada benévola del Ministerio que estamos viviendo, el despertar clerical está creciendo. Los batallones negros se agitan. La Iglesia está haciendo un esfuerzo supremo; está luchando, con todos sus soldados en pie y todos sus recursos desplegados. Opongámonos a este ejército de fanáticos con un frente de batalla compacto y enérgico.

No es el futuro de un partido lo que está en juego; es el futuro de la humanidad, es nuestro futuro lo que está en juego.

¡Cada uno puede conservar su libertad de acción y, sin renunciar en absoluto a sus preferencias y convicciones personales, lanzarse a la lucha contra el dogma, contra el misterio, contra lo absurdo, contra la religión!

Durante demasiado tiempo, la humanidad se ha inspirado en un Dios sin filosofía; ya es hora de que pregunte su camino a una filosofía sin Dios.

¡Cerremos filas, camaradas! Luchemos, combatamos, gastémonos. En nuestro camino encontraremos las trampas, los ataques repentinos o planeados de los sectarios. Pero la grandeza y la rectitud de la Idea que defendemos sostendrán nuestro valor y nos asegurarán la victoria.

Biblioteca anarquista
Anti-Copyright



Sébastien Faure
Los Crímenes de Dios
1897

Recuperado en abril de 2026 desde Libértame
Les Crimes de Dieu. Traducido por Libértame en
enero de 2023. Editado por La Conquista del Panda
bajo licencia CC BY-NC-SA 4.0

es.anarchistlibraries.net